



Jenn Díaz (1988-)

Empezó a estudiar filología, estudios que abandonó para dedicarse por completo a la escritura. Publicó su primera novela, *Belfondo*, a los 22 años, considerada por la crítica como un exponente destacado de la corriente neorruralista de la literatura española del siglo XXI.

Está considerada una de las pláticas más destacadas de la generación de autores nacidos en la década de 1980. Entre sus influencias,

cita a Ana María Matute, Carmen Martín Gaite o Natalia Ginzburg.

Su cuento «El vuelo del moscardón» aparece en la antología de relato *Última temporada. Nuevos Narradores Españoles 1980-1989* (antólogo: Alberto Olmos, Lengua de Trapo). Un texto suyo también aparece en la antología *Bajo Treinta* (Salto de Página), conformada por autores nacidos a partir de 1983.

Colabora en diversas revistas como *Granite & Rainbow*, *Jot Down*, con el blog «Mujeres» de *El País*, y es la fundadora y coordinadora del fanzine feminista *Matrices*.

Obras

2011 - *Belfondo*, Principal de los Libros.

2012 - *El duelo y la fiesta*, Principal de los Libros.

2013 - *Mujer sin hijo*, Jot Down Books.

2013 - *Antología Última Temporada. Nuevos Narradores españoles 1980-1989*, VV.AA., Lengua de trapo.

2013 - *Antología Bajo treinta*, VV.AA., Salto de Página.

2014 - *Es un decir*, Lumen.

2015 - *Mare i filla* (en catalán)

2016 – *Madre e hija*. Castellano.

[https://es.wikipedia.org/wiki/Neorruralismo_%28literatura_esp%C3%A8ola%29](https://es.wikipedia.org/wiki/Neorruralismo_%28literatura_esp%C3%A1ola%29)

Madre e hija

Jenn Díaz (Barcelona, 1988) vuelve a descender a las antípodas de las tensiones familiares en *Madre e hija* (Destino, 2016). Parece que, tras cinco novelas, la escritora ha hecho de este infierno de manual su particular universo creativo. Un mundo literario en el que los hombres son quienes son por la relación que tienen con las mujeres. "Me sirven como amantes, padres, hermanos o hijos, pero me estorban vivos para contar lo que quiero contar".

Madre e hija habla de madres, de hijas y de madres que no lo son, como la escritora, a la que los críticos han colocado la etiqueta de heredera de Carmen Martín Gaite.

Su universo creativo está lleno de mujeres, ¿es una decisión consciente o la escritura le lleva por ahí?

Leo a mujeres que hablan sobre mujeres, me interesan las emociones de las mujeres y soy una mujer. Necesito volcar de algún modo toda esa información de lecturas, de vivencias y de historias a mi alrededor. No es consciente, no me lo planteo, pero ya me gusta ser la escritora que habla de mujeres. Para empezar porque creo que es un hueco literario.

A esos personajes masculinos solo los conocemos desde la voz de las mujeres.

¡Y muertos! Eso sí que no es premeditado. En la anterior novela [*Es un decir*] me los cargaba a todos. No me lo propongo, pero es que no los necesito, me estorban vivos. Me sirven para contar una historia porque es indudable que el mundo de las mujeres está habitado por los hombres. Sería una tontería omitirlos, pero para mí ellos no son los importantes, no son protagonistas y no tengo la necesidad de crearlos con la misma intención e importancia. No acabo la novela diciendo "mídate un poco, Jenn". ¿Por qué?

¿Y cuál es ese modelo de mujer?

El más convencional, el de la madre, la esposa. Pero ni siquiera ese modelo es suficiente. Siempre hay una grieta por la que se cuela alguna voz crítica, la del machismo social. Si eres madre, esposa y no trabajas, está mal; cuando entras en el mundo laboral, alguien te va a decir que descuidas la casa; cuando priorizas el trabajo sobre la familia, alguien también te lo va a reprochar. Nunca ningún modelo va a reunir todas las características para que sea el perfecto. Y si intentas reunir todo eso, vas a ser una esclava el resto de tu vida.

En esta novela intento contar que hay muchas formas de ser mujeres, pero que de todo el abanico la sociedad no va a aceptar ninguna. Lo mires por donde lo mires, siempre habrá alguien que encuentre un motivo para criticarte. Aunque yo en realidad lo único que quería era hablar de conflictos familiares en una casa poblada por mujeres, el mensaje final es: "no te mates, no importa como seas, como quieras llevarlo, que siempre habrá alguien que piensa que tienes que hacer todo lo contrario".

Ironiza a menudo con ciertos roles femeninos ("con las mujeres ya se sabe"), ¿cree que el lector puede confundirse con esa voz?

El narrador omnisciente dice todo el rato frases tópicas sobre las mujeres, pero es cierto que he corrido el riesgo de que se confundiera con mi voz al ser un narrador cercano que parece un personaje más. Me planteé si por jugar con el machismo podía caer en hacer una novela que pareciera machista. Nadie me ha dicho nada de momento, pero creo que, a poco que la gente me conozca, no puede pensar que mi intención es machacar a los personajes femeninos.

¿Por qué ese narrador tan cercano y a la vez tan capaz de juzgar todo?

Quiero que mi estilo sea ese. Que te proporcione la cercanía de una primera persona, pero no estar obligada a hablar solo en boca de uno de los personajes. La novela la empecé en primera persona, hablaba Natalia [uno de los personajes]. Llevaba 30 páginas y la novela no fluía, no me podía volver loca escribiendo diez páginas al día porque había algo que no funcionaba. Desde Natalia no podía juzgar a Natalia ni a otros personajes. Estaba tan sujetada a Natalia que me iba a salir una novela cursi de amor. Ser cañera con los personajes solo me lo podía dar una tercera persona, pero no una tercera persona fría. Necesitaba ser una más y llamar a la madre mamá.

Con las madrastras hay que hacer un trabajo de lavado de cara y de crear personajes que sean capaces de amar a los hijos de otras mujeres como fueran hijos propios. Eso es una constante es mi vida, y como reflejo de mi vida, en mi literatura.

Hablando de madres, ¿le obsesiona la figura de la madre que tiene un hijo que no es suyo?

Al ser madrastra, una tiene la necesidad de justificarse y decirle al mundo que, a pesar de no ser tu hijo, a pesar de las connotaciones negativas de las palabras, a pesar de lo difícil que es cuidar a un niño que no es tuyo, hay un amor maternal. Y el amor maternal no tiene que ver con que se te hinche la barriga. Además de defenderlo viviéndolo y diciéndolo, tengo otro canal para vehiculizarlo y es creando personajes así.

No quiero desaprovechar la oportunidad de hablar de ello porque creo que es un papel que la literatura ha explorado muy poco y me veo con el deber personal y moral de ocuparme. Con las madrastras hay que hacer un trabajo de lavado de cara y de crear personajes que sean capaces de amar a los hijos de otras mujeres como si fueran hijos propios. Eso es una constante es mi vida, y como reflejo de mi vida, en mi literatura.

¿Qué les dice a los que le toman como la heredera de Carmen Martín Gaite o Ana María Matute?

Que ojalá tengan razón, que Dios les escuche. Ya en serio. Me lo tomo como creo que hay que tomárselo porque aquí cada uno tiene su trabajo. Yo tengo que crear un libro, mi editora tiene que publicarlo, y los críticos literarios tienen que situarme en un panorama actual desbordante con una cantidad de novedades que los libreros no pueden asumir. Tienen que enmarcarme para focalizar en un público concreto. ¿Cómo me pueden situar? Guiándolos. ¿Y cómo se les puede guiar? Comparándome con otros. Me comparan con quienes han creado conflictos familiares de cierta época, que son las autoras que yo he leído. Porque, evidentemente, si tú las lees hay algo que filtras, asimilas y vuelcas. Quien dice que soy la heredera lo dice porque necesita dar unas

Club de lectura “Casa de las Conchas”**2025-2026**

coordenadas al lector. Como sé que eso es en su justa medida lo que se está haciendo, no me lo creo. Vivo más tranquila.

http://www.eldiario.es/cultura/libros/Jenn-Diaz_0_489951246.html